



ALFAGUARA INFANTIL

# Yo te curaré, dijo el pequeño oso

Janosch

Ilustraciones del autor



3  
N

10



Una vez el pequeño tigre salió del bosque cojeando.  
Ya no podía andar más, ni tenerse en pie,  
y se cayó al suelo.  
Y allí se quedó tumbado en mitad de la pradera.

Inmediatamente llegó corriendo el pequeño oso y gritó:  
—¿Qué te pasa, tigre, estás enfermo?  
—¡Oh, sí!, estoy enfermo —exclamó el pequeño tigre—; ya no puedo casi ni moverme.  
—Tampoco es tan grave —dijo el pequeño oso—. Yo te curaré.

El pequeño tigre se sentía muy mal.  
—¿Por dónde te duele más o menos? —preguntó el pequeño oso—, ¡a ver!  
—Aquí —dijo el pequeño tigre y señaló la zarpa.  
—Y también la otra zarpa. Y las piernas también, y delante y detrás y a derecha y a izquierda y arriba y abajo.  
—¿Por todas partes? —preguntó el pequeño oso—; entonces te tendré que llevar en brazos.



Y se lo llevó a casa.  
—Pero tendrás que vendarme —gritó el pequeño tigre.  
—Claro que sí —dijo el pequeño oso, y en casa puso al pequeño tigre sobre la mesa para vendarlo como un médico de verdad.

—Primero, la zarpa —dijo el pequeño tigre, y el pequeño oso le vendó la zarpa primero.

Una zarpa.

Y después la otra.

—Ahora las piernas —dijo el pequeño tigre.

Y el pequeño oso le vendó las piernas.

—¿Y ahora dónde?

—La espalda —dijo el pequeño tigre.

Pero cuando se venda la espalda también hay que vendar el pecho. Así, el pequeño oso le vendó la espalda y el pecho todo alrededor. Y como la venda no se acababa vendó al pequeño tigre de arriba a abajo.

—La cabeza no, —dijo el pequeño tigre, porque tal vez tengo que toser un poco.



Cuando el pequeño tigre ya estaba vendado se encontró un poco mejor.

Pero después se volvió a encontrar un poco peor porque tenía hambre.

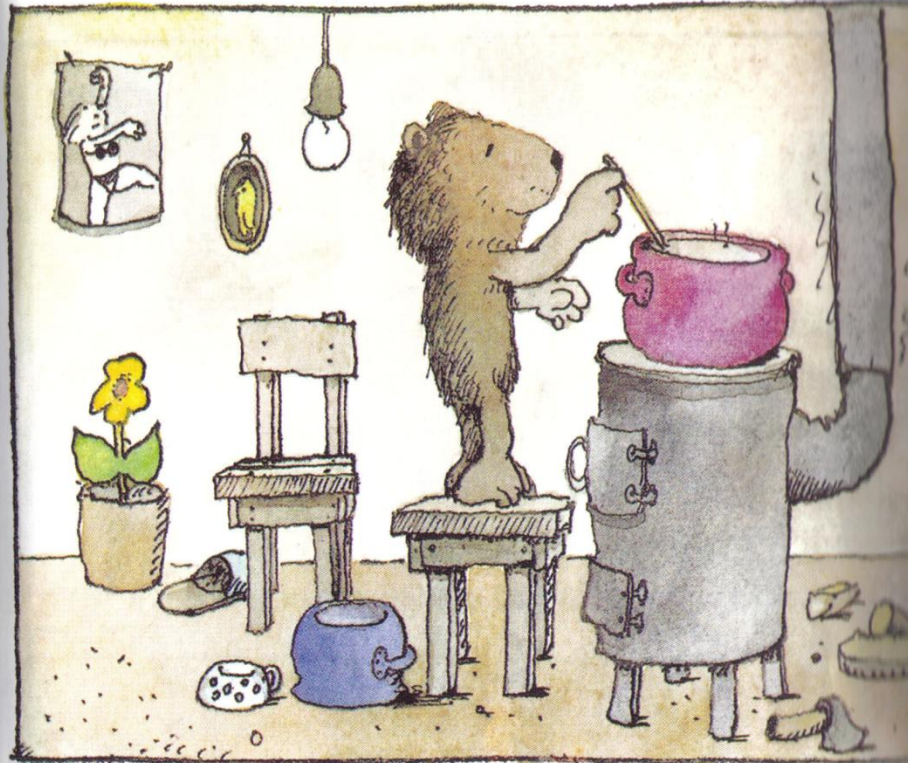
—Te cocinaré algo bueno —dijo el pequeño oso—; dime cuál es tu plato preferido.

—Trucha saltarina con salsa de almendras y pan rallado.

—No tenemos —dijo el pequeño oso—; di otra cosa.

—Macarrones con salsa de almendras y pan rallado —dijo el pequeño tigre.

—Tampoco tenemos —dijo el pequeño oso—; di otra cosa.



—Pan rallado —dijo el pequeño tigre, pero no tenían ni eso.

—Entonces di: ¡Sopa! —dijo el pequeño oso.

—Sí, *sopa* —exclamó el pequeño tigre—, eso es justo lo que quería decir.

—Y de postre, pequeñas frambuesas del jardín —dijo el pequeño oso.

Entonces cocinó una sopa sabrosa de papas y zanahorias. Le añadió unas hojas de perejil y unas gotas de aceite.

Y cuando el pequeño tigre se la tomó, volvió a sentirse un poco mejor.

Pero después se volvió a sentir un poco peor porque quería dormir tranquilamente.

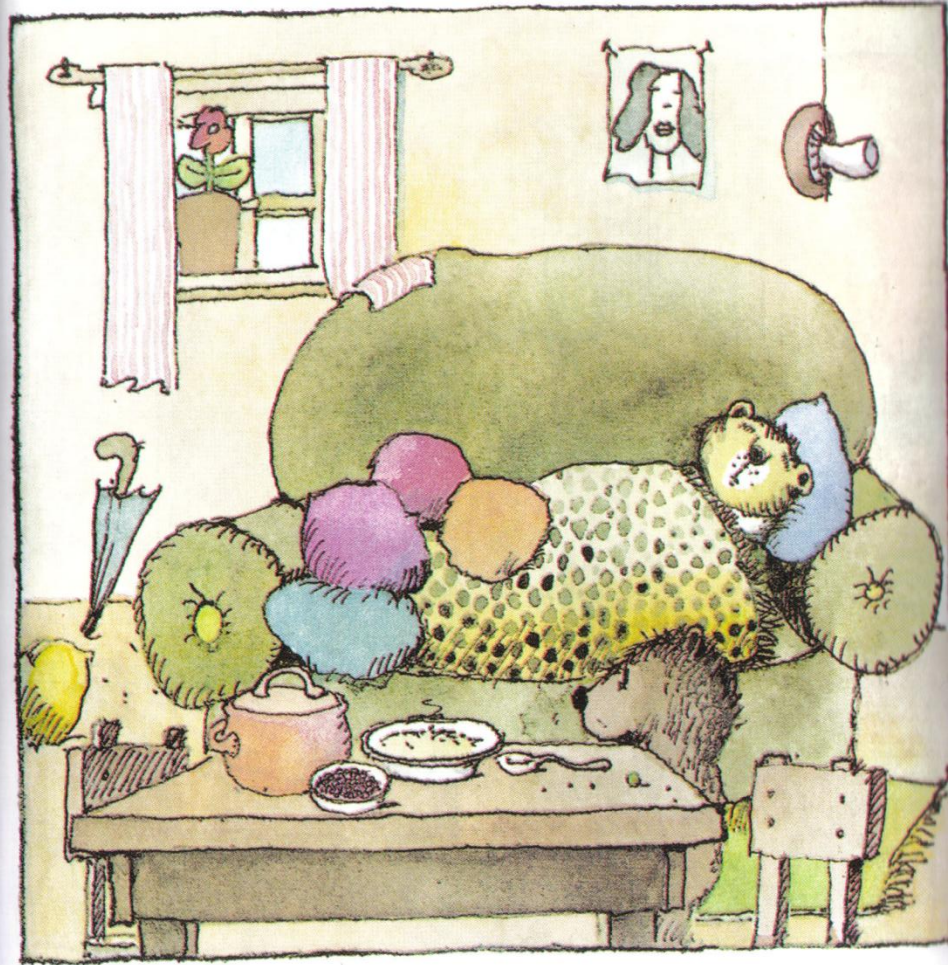
—En la cama —dijo el pequeño oso.

—En el sofá de terciopelo con las almohadas blandas —dijo el pequeño tigre—, pero tapado con la manta de leopardo.

Y el pequeño oso acostó al pequeño tigre en el sofá de terciopelo de las almohadas blandas y lo tapó con la manta de leopardo.

Y el pequeño tigre durmió un rato.

Cuando despertó se volvió a sentir un poco mejor.



Pero después se volvió a sentir un poco peor porque quería tener visitas.  
El pequeño oso se fue al jardín  
y por el teléfono de manguera llamó a la tía oca.

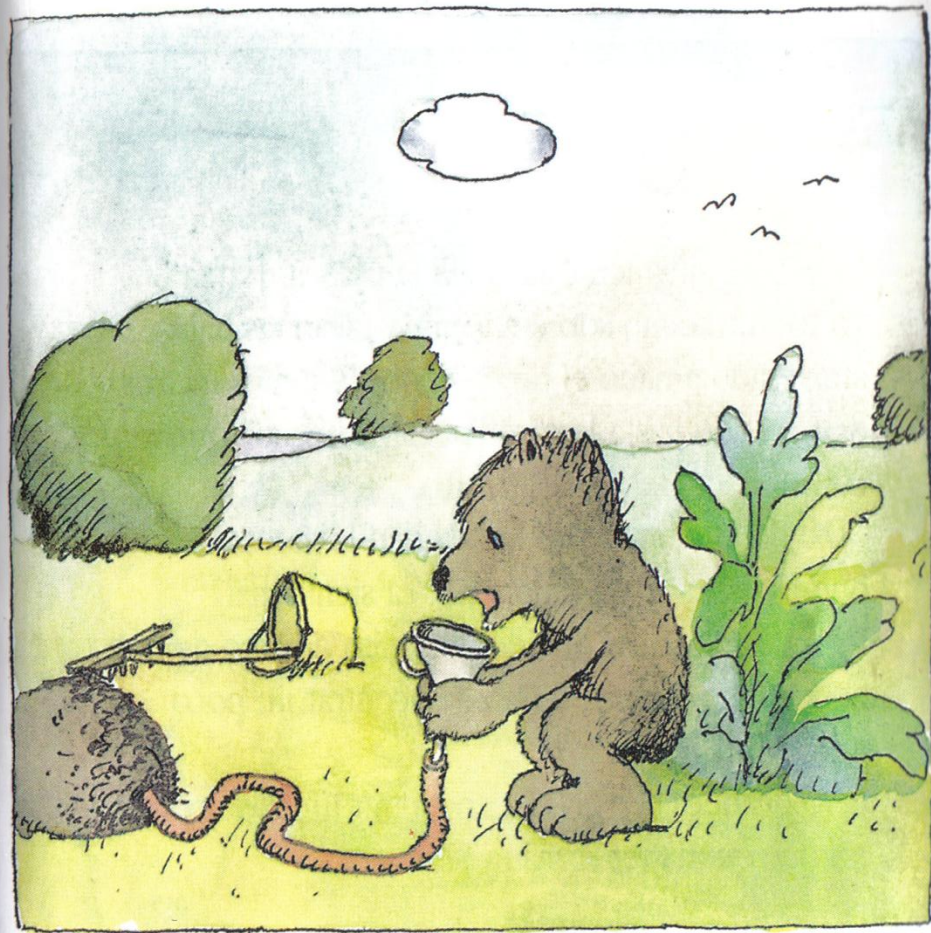


—Sí, ¿quién habla?, ¿es la tía oca?

—Sí, aquí la oca. Puedo escucharle muy bien.

¿Quién es?

—Oso. Soy el pequeño oso. El tigre está enfermo, pero yo lo curaré...



—¿Qué tigre? —preguntó la tía oca.

—Pues, ¡nuestro tigre! —gritó el oso.

—Ah, entonces, ahora mismo voy para allá...

Y en un santiamén estaba allí la tía oca. Había volado un tramo sobre el campo, después había atravesado a nado el río y los once últimos metros desde el río hasta la casa los había hecho corriendo con su contoneo característico.

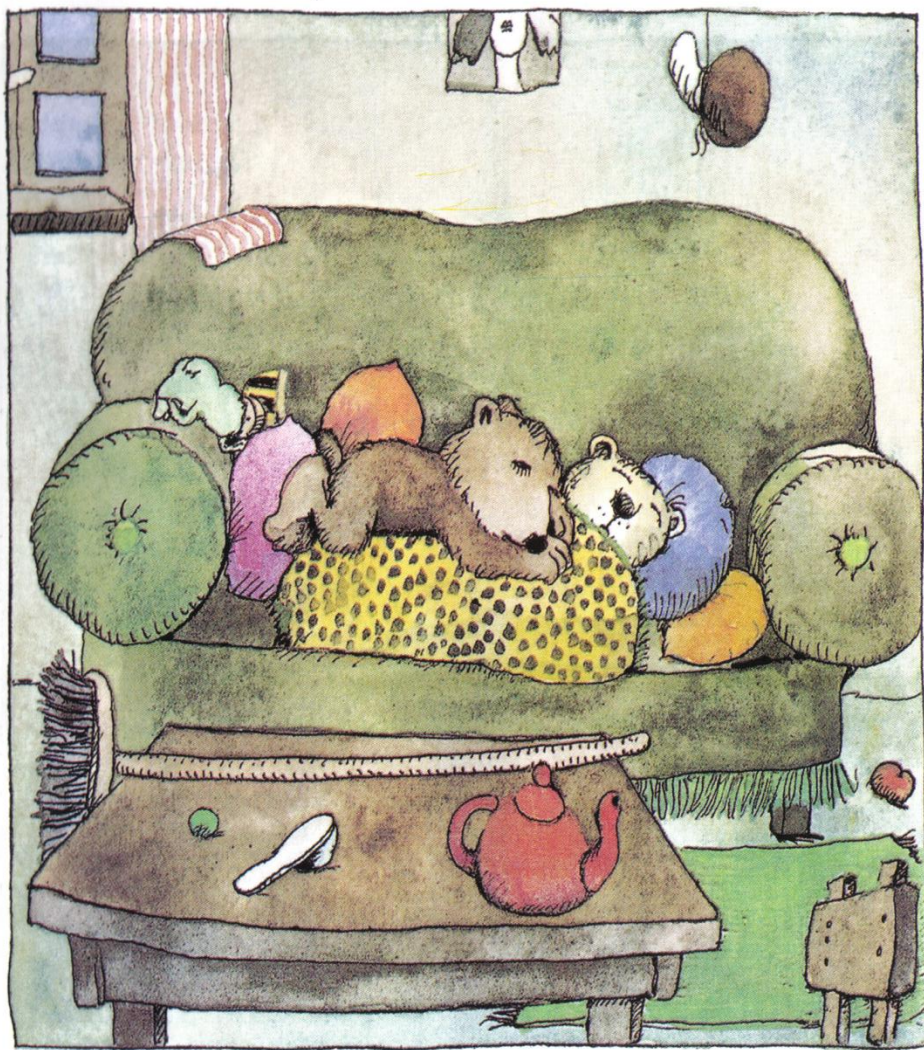
—Le he traído jugo de nube —dijo la tía oca—, que es bueno para todo y nunca sienta mal. Después de haber bebido un vasito de jugo de nube el pequeño tigre se volvió a encontrar un poco mejor.

Pero después se volvió a encontrar un poco peor porque quería tener más visitas.



Llegó la liebre de los zapatos veloces y gritó:  
—¡Oh, el pequeño tigre está enfermo! Me lo ha contado el topo. ¿Qué le pasa?  
—¿Qué te pasa, tigre? —preguntó el pequeño oso.  
—No lo sé —dijo el pequeño tigre.  
—No lo sabemos —dijo el pequeño oso.  
—Entonces tiene que ser examinado —dijo la liebre de los zapatos veloces.  
—Entonces tienes que ser examinado, tigre —dijo el pequeño oso.  
—Por el doctor Regadera —dijo la liebre de los zapatos veloces.  
—Por el doctor Regadera, tigre —dijo el pequeño oso.  
—En el hospital de animales —dijo la liebre de los zapatos veloces.  
—En el hospital de animales, tigre —dijo el pequeño oso.  
—¿Mañana? —preguntó el pequeño tigre.  
—Mañana —dijeron el pequeño oso y la liebre de los zapatos veloces y la tía oca.  
El pequeño tigre se volvió a sentir entonces un poco mejor pensando en el hospital de animales.

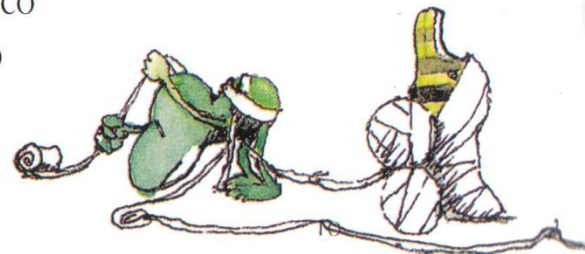




Por la noche el pequeño oso durmió junto al pequeño tigre porque eso ayuda a ponerse bien.



Al día siguiente el pequeño tigre se volvió a encontrar un poco mejor y se pudo quitar la venda.



Pero después se volvió a encontrar un poco peor porque quería ir al hospital de animales cuanto antes.

El fuerte lobo y el fuerte macho cabrío vinieron con una camilla.

—Con cuidado —dijo el pequeño oso—, llévenlo con cuidado para que no se caiga, es mi amigo.

Y, claro, también hubo que llevar la manta de leopardo. La tía oca fue a buscarla.

No habían andado mucho cuando se encontraron con el enorme elefante bondadoso y gris.

—¿Adónde van, chicos? —preguntó.

—Al hospital de animales —dijo el pequeño oso—.

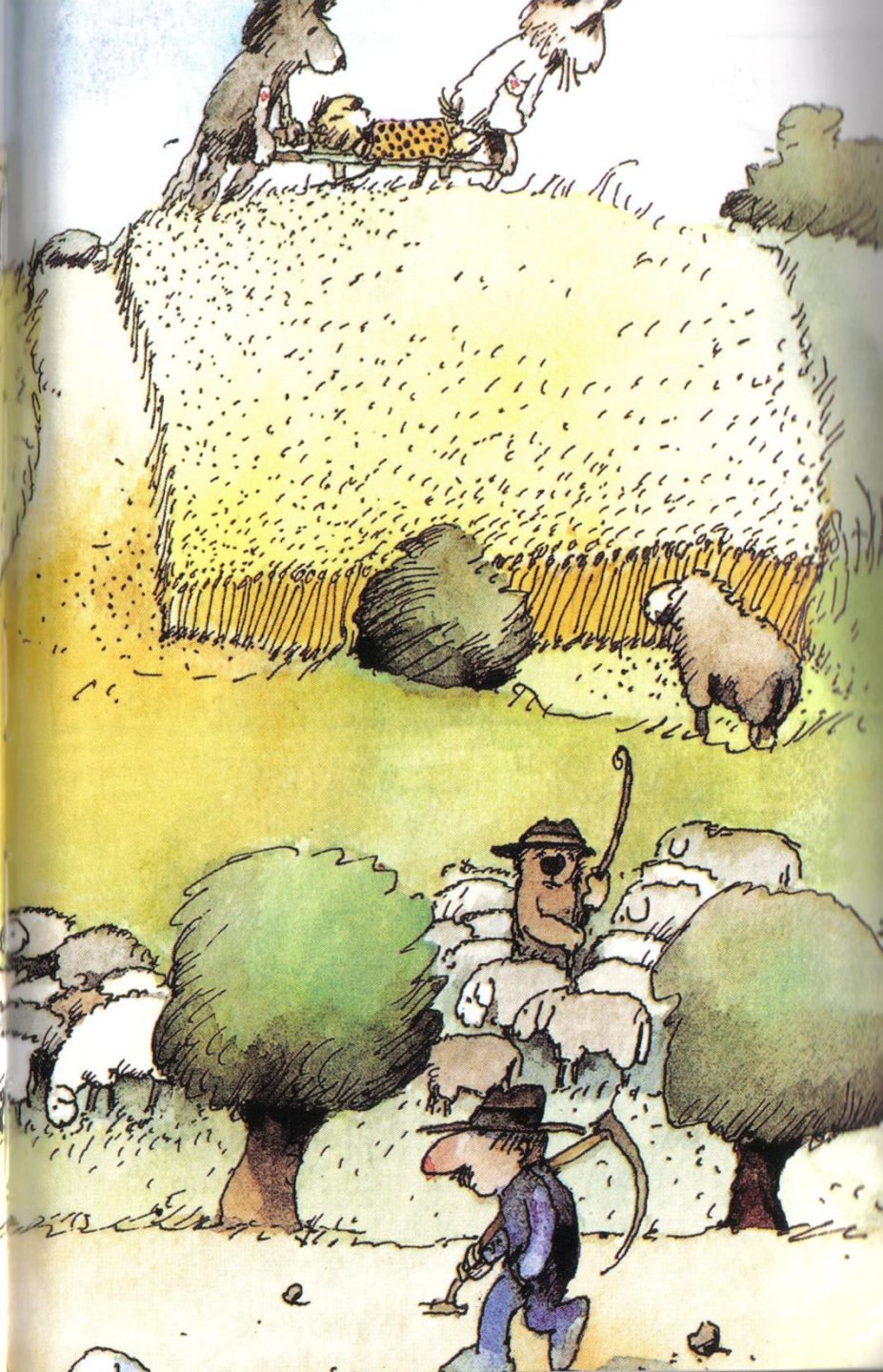
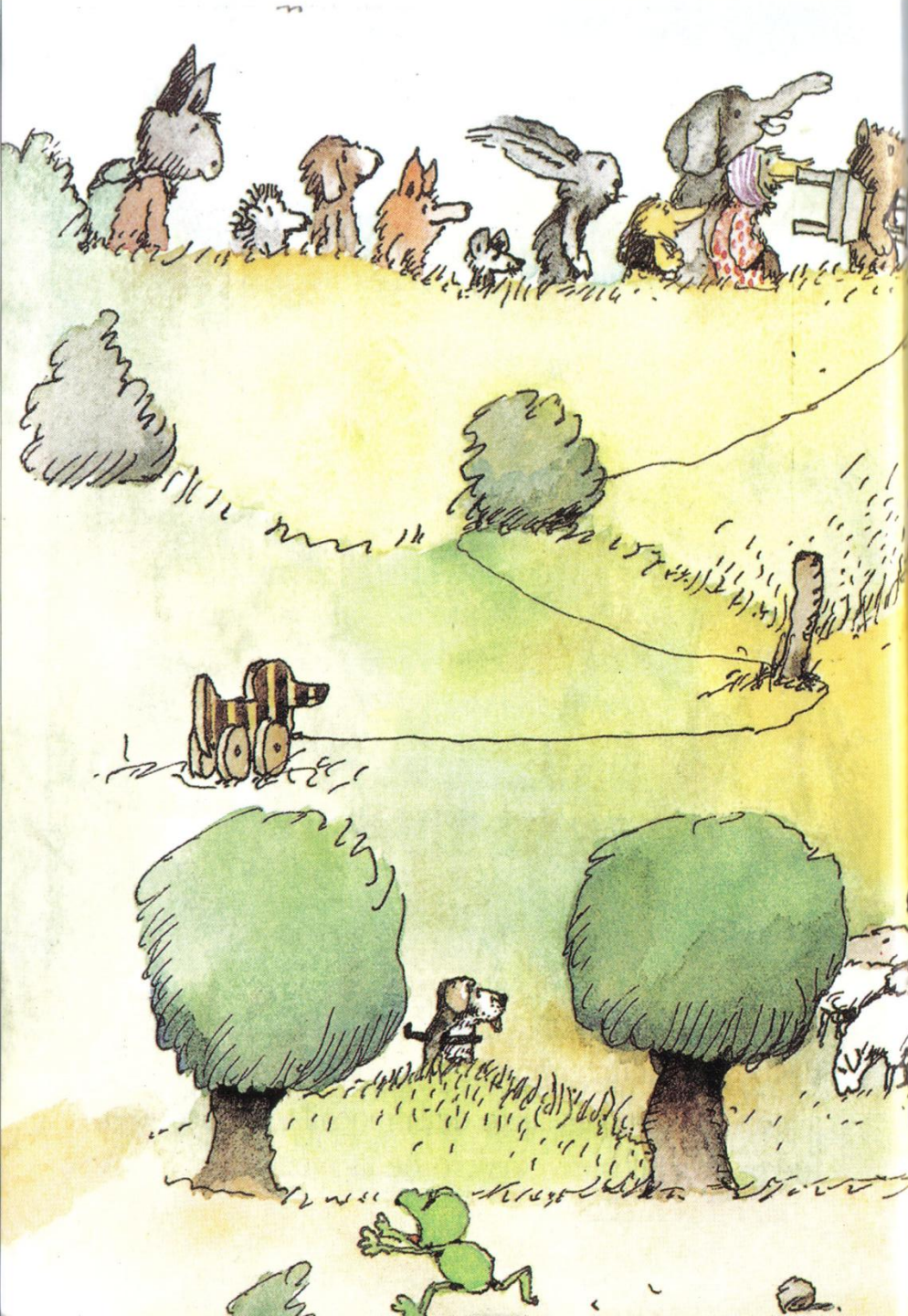
El tigre está enfermo, lo vamos a curar.

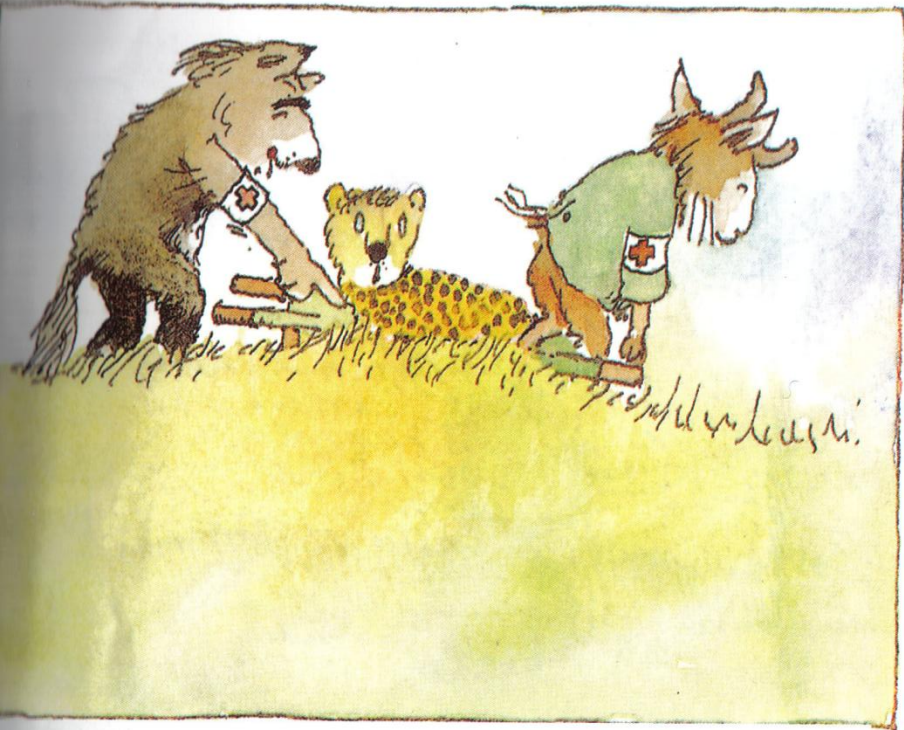
—Entonces tengo que acompañarlos un ratito

—dijo el enorme elefante bondadoso y gris—: a lo mejor me necesitan.



Después encontraron al pato amarillo y a la liebre del bosque, a un ratón, a un zorro, al perro, al erizo y al burro viajero de la mochila, y todos se fueron con ellos.





—¿Falta mucho? —preguntó el pequeño tigre.  
—Aproximadamente ochocientos metros justos en línea recta —dijo el fuerte lobo—, ya se puede ver.  
—¿Dónde? —preguntó el pequeño tigre.  
—Allá abajo —dijo el fuerte lobo.  
—No veo nada —dijo el pequeño tigre.  
—Mira más hacia la izquierda —dijo el fuerte lobo, y entonces el pequeño tigre también vio el hospital.

Bueno, todo iba bien.  
—¡Que no se caiga el tigre! —gritó el pequeño oso—, está enfermo.  
Con cuidado, con cuidado lo metieron al hospital de animales. Primero por una puerta grande y luego por un largo pasillo.



—Habitación número cinco —dijo la enfermera Lucía. La enfermera Lucía era una pata bondadosa. En la habitación número cinco también estaba el zorro. Pata rota.



El zorro dijo que había peleado contra el león y que lo había vencido. Todo mentira. Había querido robar gallinas y se había agarrado la pata con la puerta. Pata rota, hospital, yeso, nada más.



—En el hospital —dijo la enfermera Lucía—, todos se ponen un camisón limpio.

Lo prueban:

—Te queda bien.



—Y ahora —dijo la enfermera Lucía—, a bañarse para oler bien.

—Aquí está el jabón que huele a pétalos de rosa —dijo el pequeño oso.

Y el pequeño tigre fue examinado.  
—Respire hondo —dijo el doctor Regadera.  
—Hh —hizo el pequeño tigre.  
—Más hondo —dijo el doctor Regadera.  
—Hhhh h —aspiró el pequeño tigre.  
—Aún más hondo —dijo el doctor Regadera.  
—Hhhhhhhhhh h.  
—Bien así —dijo el doctor Regadera y auscultó al pequeño tigre por delante y por detrás.  
Y entonces terminó el examen.  
—Mando —dijo el doctor Regadera— que el señor tigre tome tres veces al día su plato y su postre preferidos. ¿Qué quiere usted comer, señor tigre?  
—Trucha saltarina con salsa de almendras y pan rallado —exclamó el pequeño tigre.



—De acuerdo —dijo el doctor Regadera—, y lo mismo para el pequeño oso, por supuesto.  
E inmediatamente el pequeño tigre se volvió a encontrar ya un poco mejor.

Siguiente examen: Rayos X.

—¿Qué son Rayos X? —preguntó el pequeño oso.

—Alumbrar por dentro —dijo el doctor Policarpo, el médico de rayos.

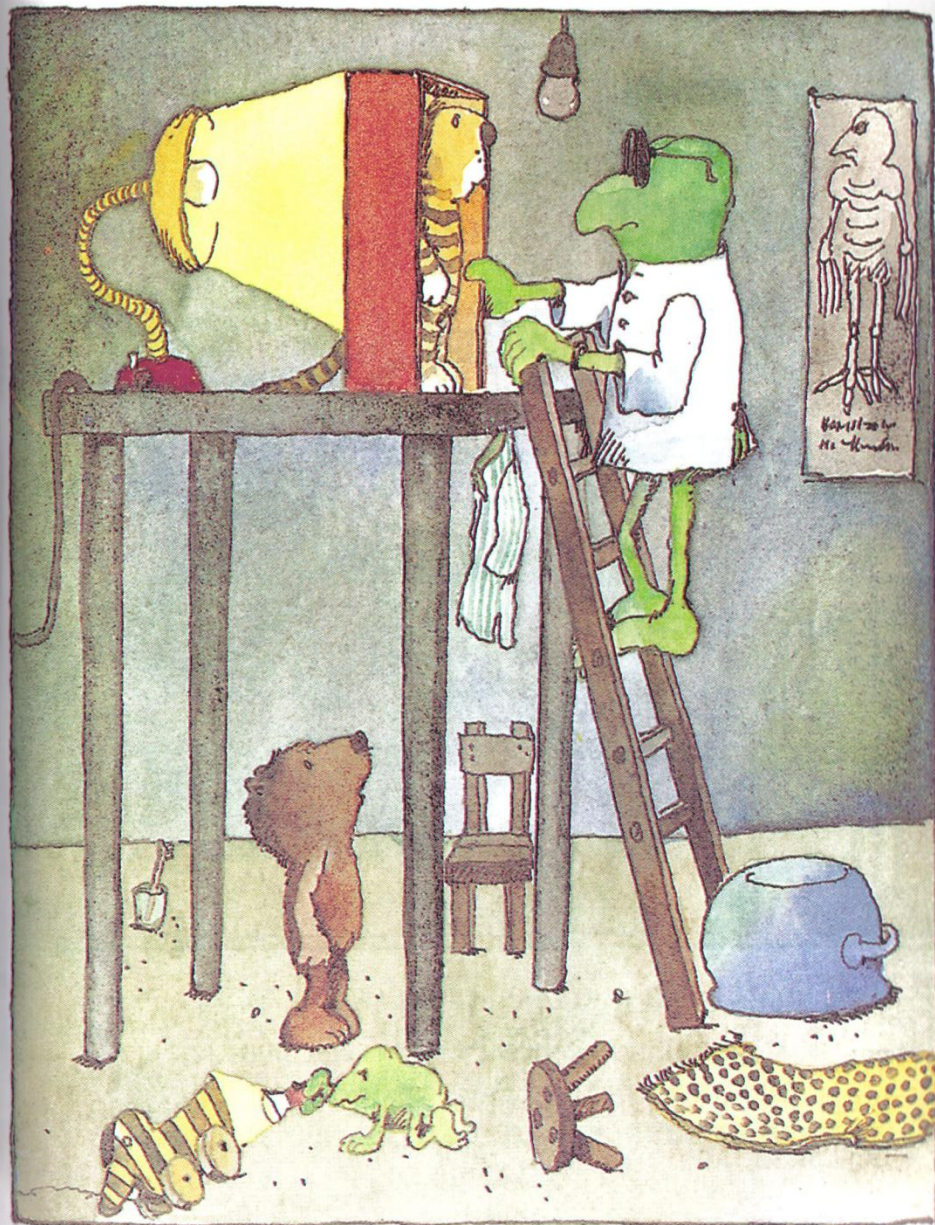
—¿Qué es alumbrar por dentro? —preguntó el pequeño oso.

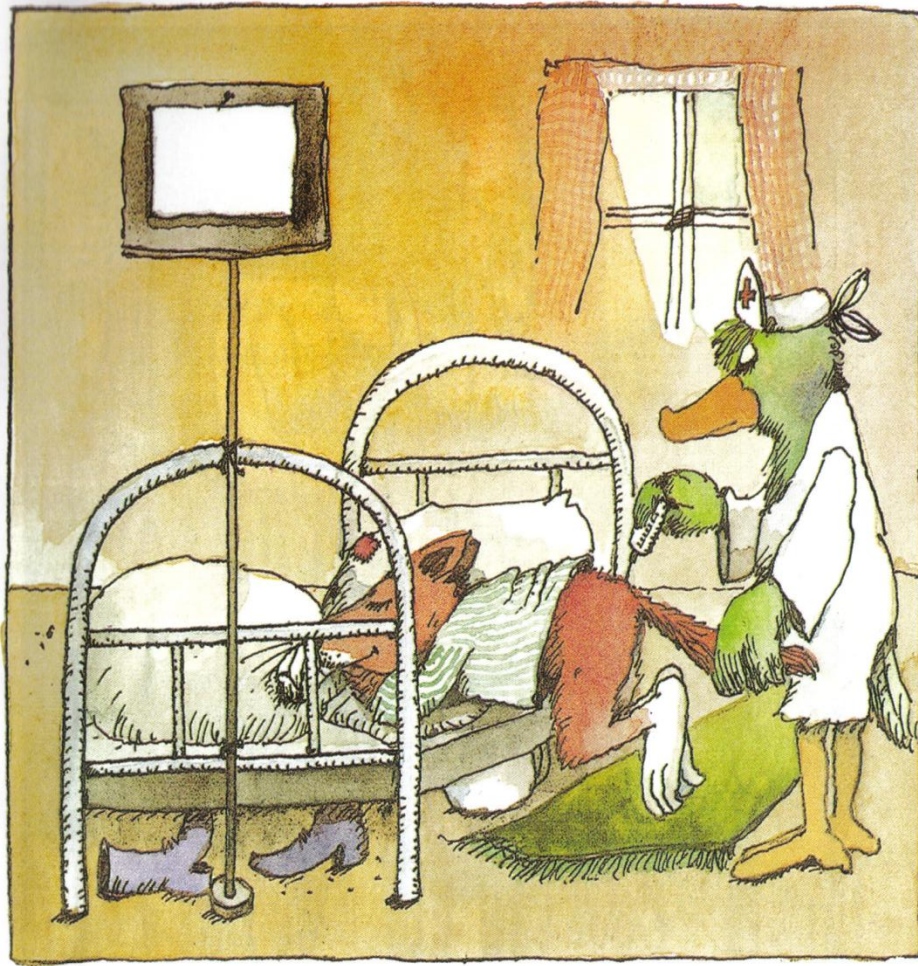
—Alumbrar por dentro es cuando el pequeño tigre se pone en este armario y se lo alumbramos con luz por detrás. La luz lo atraviesa y yo estoy adelante. *Veo a través de él qué es lo que le pasa.* ¡Aja! Una raya movida —exclamó el doctor Policarpo—. Ya sabemos qué le pasa al pequeño tigre y es: raya movida.

—Tampoco es tan grave —dijo el doctor Policarpo—. Pequeña operación, tigre curado.

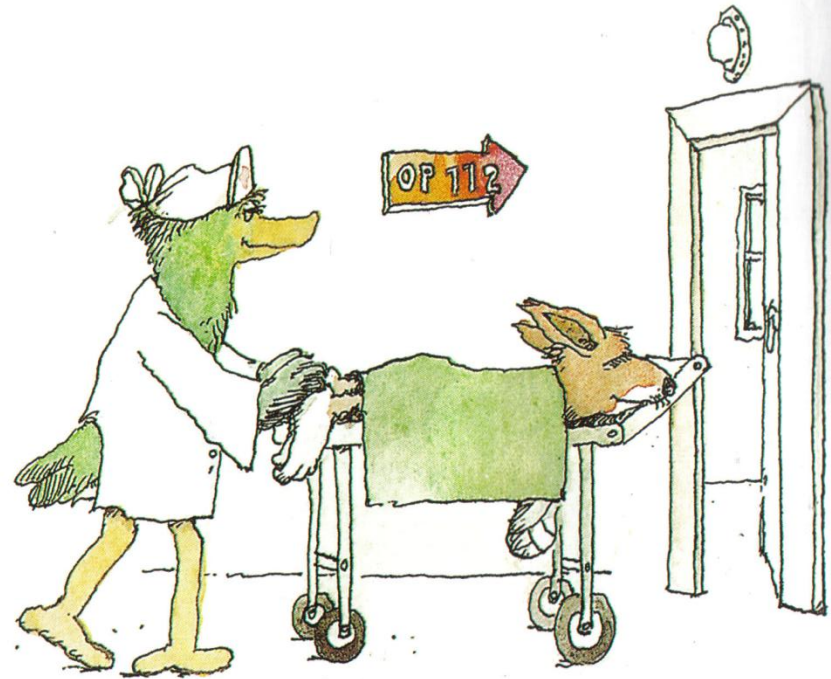
—¿Y qué es una operación? —preguntó el pequeño oso.

—Una operación es cuando al pequeño tigre se le pone una inyección agradable, entonces se duerme y tiene un precioso sueño azul. Se despierta, operación terminada, tigre curado.

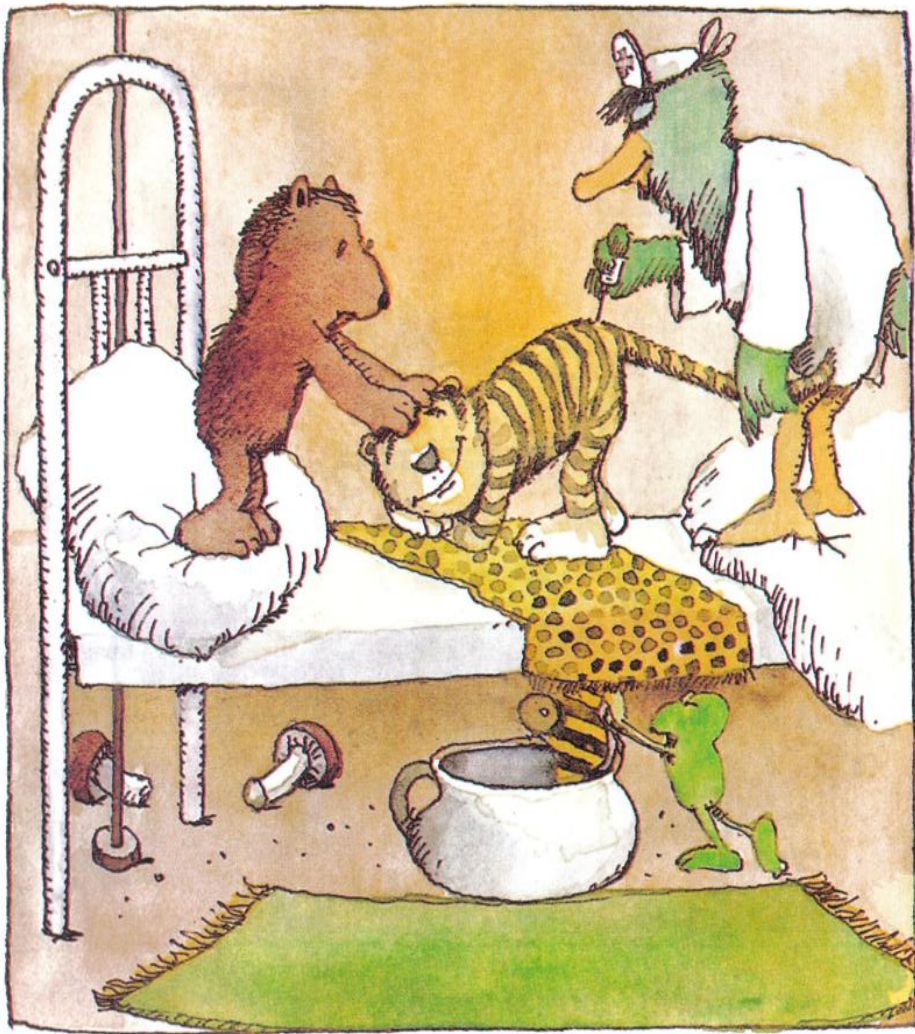




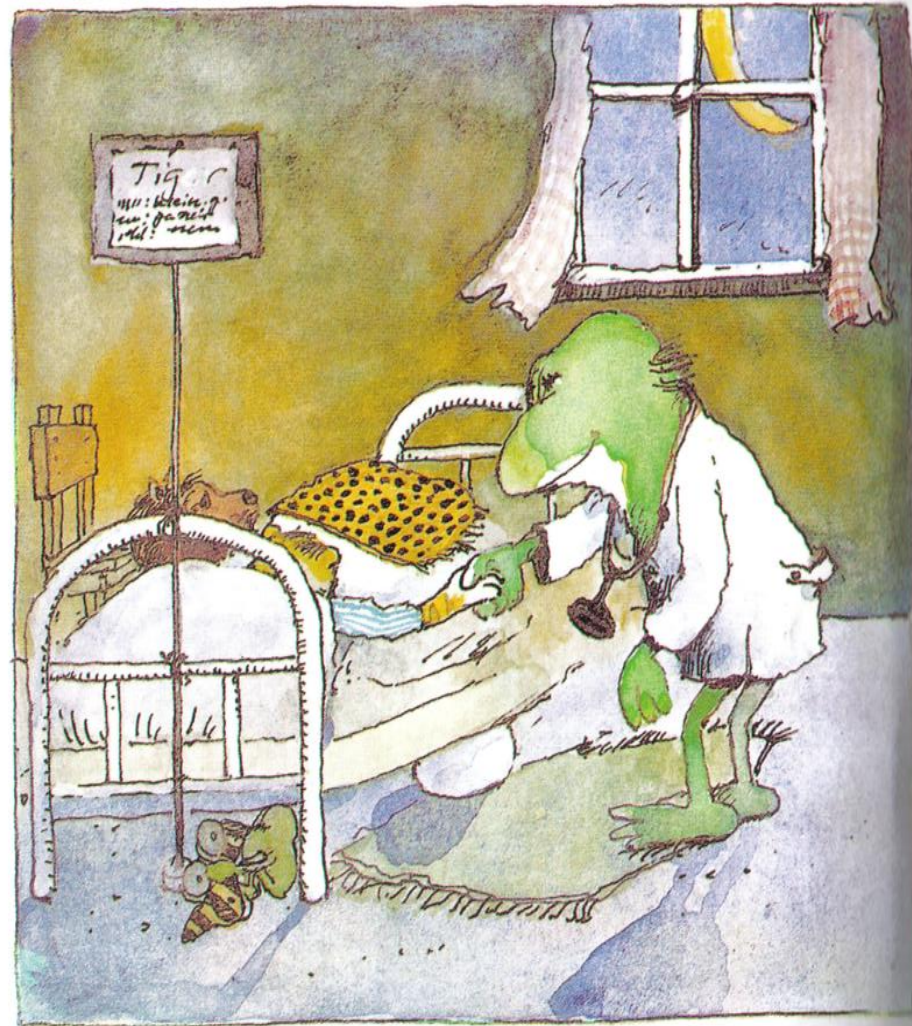
Pero antes había que operar un poco al zorro.  
—Sólo los animales valientes se ponen una  
inyección —presumió el zorro—. Para eso se  
necesitan nervios de acero. Pincha.  
—¡Pincha! —gritó el pequeño oso—. ¿Pincha?



Pequeña inyección para el zorro, sueño azul,  
operación terminada, ningún dolor, pata arreglada.



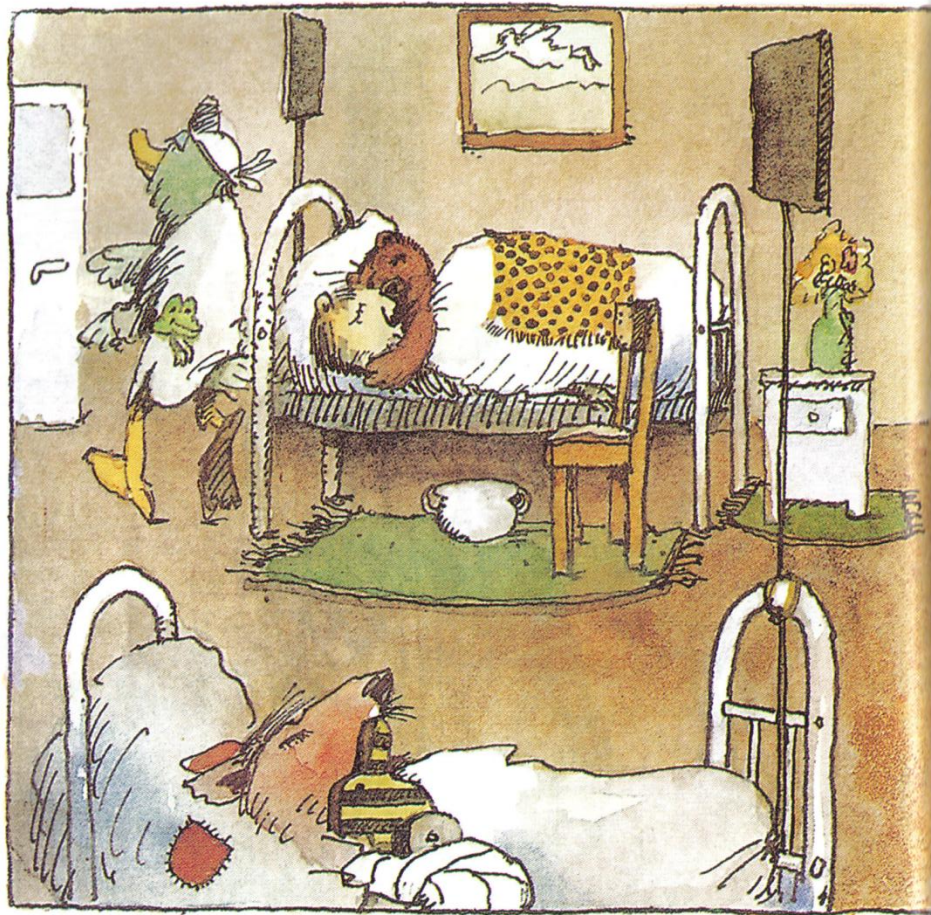
Después le tocó al pequeño tigre.  
Pequeña inyección agradable, sueño azul, operación  
terminada, ningún dolor, tigre sano.



—Pasado mañana —dijo el doctor Regadera—,  
puede irse usted a su casa, señor tigre.  
Total y completamente curado,  
que pase usted una buena noche. De acuerdo.

Y al día siguiente vinieron muchas visitas.  
La tía oca trajo una botella de jugo de nube y dijo:  
—Cuando estés en casa voy a hacerte un pastel.  
—¿Un pastel de miel? —gritó el pequeño tigre  
y su lengua se puso a temblar de nostalgia.  
La pata amarilla tocó con la armónica un vals  
para él y la liebre de los zapatos veloces le trajo dos  
hongos del bosque.

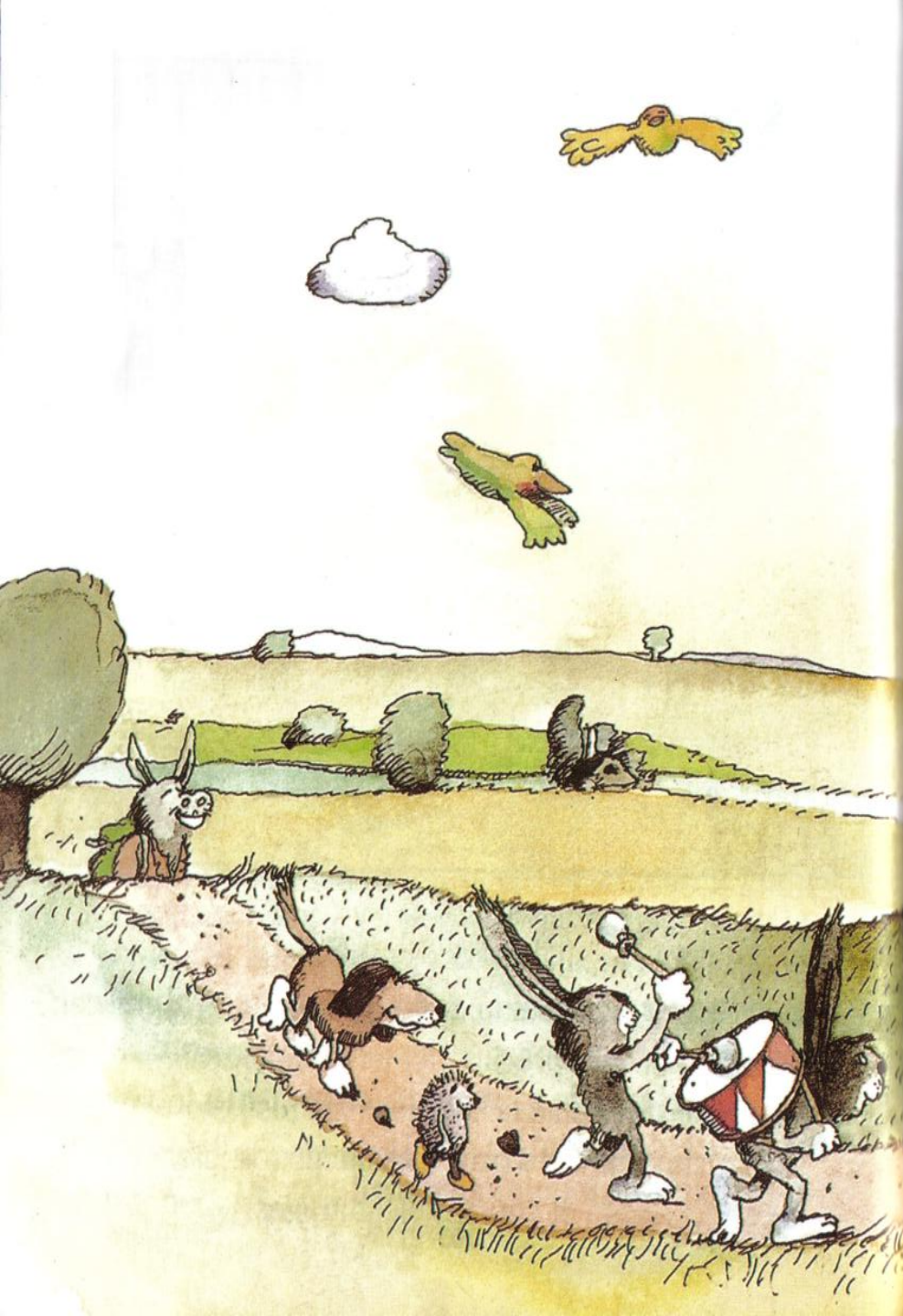




Y cuando se acostaron por la noche  
dijo el pequeño oso:  
—Cuando volvamos a casa te haré tu plato  
preferido, tigre.  
—Oh —gritó el pequeño tigre—, ya sé qué...  
—y entonces se durmió.



Al día siguiente fueron todos a buscar al tigre con  
trompetas y tambores.  
—¿Cuánto falta? —preguntó el pequeño tigre,  
rebosante de nostalgia.  
—Aproximadamente ochocientos metros justos en  
línea recta —dijo el enorme elefante gris.



—Y ahora dime cuál es tu plato preferido —dijo el pequeño oso en casa—. Yo te lo haré.

—Trucha saltarina con salsa de almendras y pan rallado —gritó el pequeño tigre.

—Otro —dijo el pequeño oso.

—Macarrones con salsa de almendras y pan rallado —dijo el pequeño tigre.

—Otra cosa —dijo el pequeño oso—, vamos, di: *sopa*.

—¡Claro! —gritó el pequeño tigre—. Eso es lo que quería decir.

Y eso fue lo que comieron.

Con unas gotas de aceite, perejil y pequeñas zanahorias.

—Pero el año que viene —dijo el pequeño oso—, quiero estar enfermo y *tú* me curarás, ¿está bien?

—Claro que sí —dijo el pequeño tigre—, por supuesto que sí.

Y entonces se durmieron.

Y durmieron hasta el día siguiente.

